

vitalidad de la Iglesia en latinoamérica

• GERARDO SANIN

La áspera y extensa geografía del Nuevo Mundo colonizado por los iberos creó los Estados desunidos de Latinoamérica, en contraste con los unidos del Norte, al llegar el momento de su emancipación política. Bajo la aparente heterogeneidad de nacionalismos aislados subsisten los rasgos comunes impresos por tres siglos de unidad. El principal título invocado por la metrópoli para su dominio en las nuevas tierras fue la propagación de la fe e implantación de la Iglesia. La voluntad de imperio se confundía, al menos en sus fundamentos jurídicos, con el ideal misionero. La unidad latinoamericana es la realización póstuma del ideal medieval de cristiandad, el Estado al servicio de la fe. La cantidad y magnificencia de templos, conventos y universidades del tiempo colonial son indicio del esplendor de la Iglesia en esos siglos. La persistencia de la fe —a pesar del espíritu supersticioso no extinguido y de épocas de persecución, laicismo y anticlericalismo— es testimonio tangible de la obra vigorosa y profunda de la Iglesia bajo el patronato de la metrópoli.

Después de siblo y medio, Latinoamérica vive todavía el traumatismo de su independencia. El plácido orden colonial es azotado con fuerza de ciclón por las

consecuencias económicas y culturales que trae el fraccionamiento político y la brusca imposición de la democracia, estilo revolución francesa, que el pueblo latinoamericano no ha podido todavía asimilar. El patronato en manos de los nuevos Estados queda sin su sentido, y todo este nuevo mundo tiene que vivir la irrisión de regirse por instituciones creadas para una cristiandad dirigidas con mentalidad laicizante y sin visión clara del bien común. Sin pretender condenar toda la historia independiente latinoamericana, es clara la ruptura histórica, la falta de adaptación de la copia francesa a las nuevas circunstancias, el alto precio de sangre, atraso económico y cultural pagado por las turbulencias políticas y el falso humanismo que quiso imponerse a estos pueblos. A principios del siglo anterior tenían un grado muy superior de cultura, riqueza y organización que las colonias sajonas. Menos de un siglo bastó para invertir la relación.

La fuerte estructura católica de la antigua cristiandad latinoamericana ha resistido la adversidad, pero no sin graves perjuicios para su normal evolución. La Iglesia se ha puesto por lo general a la defensiva, lo que le ha impedido adaptarse a los cambios y le ha conservado

una mentalidad anacrónica. Se ha acogido en gran parte al sagrado de sus templos y ha dejado que el mundo económico-social y político evolucione sin ella, y algunas veces contra ella. En la enseñanza superior suele perder lo que ha sembrado en la media, está lejos el tiempo en que tenía la dirección de todas las universidades y su doctrina no es ya la única que se enseña. Los cuadros directivos, aun reconociéndose católicos, no tienen vitalidad para adecuar su acción cívica a los principios cristianos. En la vida social se ha creado un contexto en que no pueden asimilarse por completo las directivas de la Iglesia y se ha debilitado el dinamismo para adecuar la vida comunitaria a las exigencias de la fe. Se admiran las Encíclicas sociales pero no se aplican hasta sus últimas consecuencias, o por defecto de visión para ordenar la acción conforme a sus principios, o por falta de decisión para aceptar los cambios. A nombre de un mal entendido orden tradicional, para la inercia de muchos son heterodoxas las reformas que buscan soluciones de aliento a través de la acción política y legislativa. Por todas partes se buscan paliativos en lugar de remedios que vayan a la raíz de los males.

En tan complejo proceso histórico es imposible señalar responsabilidades personales. Se crea una confusión que impide comprender las líneas del bien común. La revolución política del siglo pasado queda incompleta por falta de la cultura mínima que exige la democracia. La revolución económica en un mundo predominante agrario se ha frustrado por incomprensión de los dueños de la tierra y debilidad de los gobiernos, hasta el punto de faltar alimentos en regiones que con un poco de racionalización y sufi-

ciente capital podrían dejar abundantes excedentes. La necesaria revolución industrial se hace lentamente y tropieza con la falta de coordinación que levantan los exacerbados nacionalismos. La revolución social debería ser fruto de las anteriores, pero a su vez las condiciona, por donde pueden comprenderse los enormes obstáculos que se le oponen. La evolución histórica de América Latina ha cambiado de signo. Ha llegado a empobrecerse en medio de una gran riqueza potencial y las condiciones de vida tienden a empeorarse por falta de esa necesaria revolución que no se hizo en el siglo pasado y sigue siendo una imperiosa exigencia para llevar a Latinoamérica al sitio que le corresponde entre los pueblos libres y cultos. Tarea apremiante que convoca a todos los hombres de buena voluntad para que pongan su inteligencia y su desinterés al servicio de esta moderna cruzada, no por el sepulcro del Salvador sino por su cuerpo vivo que es la Iglesia.

La vida de la Iglesia no puede ser indiferente a este proceso histórico, porque en gran parte se confunde con su propia vida. Dejando el pasado, es indispensable considerar la urgencia del presente: el rápido aumento demográfico tiende a agravar los males pasados y pide un nuevo dinamismo en los remedios que se les busquen. La vitalidad de la Iglesia frente a estos pueblos que forman la tercera parte de todos los católicos, no puede medirse solamente respecto de su capacidad para la atención pastoral. La genuina acción católica desborda ese marco y debe considerar la vitalidad en su laicado frente a las estructuras temporales. Es, tal vez éste, el punto más delicado que debe atender la Iglesia latinoamericana si quiere recuperar lo perdido en siglo y

medio de desorientación, y seguir siendo enseña de civilización, guía de cultura, modeladora de conciencias, creadora del verdadero humanismo que aprecia y eleva todos los valores terrenos para ponerlos al servicio de los fines trascendentes de la persona.

La estadística religiosa quiere llegar por lo cuantitativo a lo cualitativo. Pero no es éste el método único que sirva para establecer la vitalidad de la Iglesia en su conjunto. Son pobres los números que indican la observancia dominical o la frecuencia sacramental, pero nada dicen del esfuerzo de reorganización parroquial que con visión más realista se hace en algunas regiones latinoamericanas. Muy altos son los números de la educación católica, pero poco dicen de la mentalidad que se da a los alumnos, de la formación para una vida católica no sólo en el ámbito de la piedad o de la vida familiar, sino en la actitud cívica y en el ordenamiento social y económico, con plena docilidad a las directivas pontificias para imprimir un ritmo cristiano a la sociedad.

La toma de conciencia de la grave situación de la Iglesia en Latinoamérica parece fruto de los años más recientes. Antes se insistía más en lo mucho bueno que tenemos sin marcar el tono en las deficiencias y sin detenerse en las previsiones para un futuro cargado de problemas. Ya en los Congresos mundiales del apostolado seglar los informes latinoamericanos eran larga lista de necesidades a las que no se puede responder por falta de cuadros orgánicos y vitales en medio de una inmensa población de bautizados. Los últimos Papas han movilizad con vigor la ayuda sacerdotal y pecuniaria en socorro de una cristiandad que juzgan amenazada. Los obispos latinoamericanos en

el Concilio han tenido que pedir la ayuda de los jefes de la Iglesia en otras regiones. El indicio de vitalidad es que la Iglesia se baste a sí misma para atender sus fieles. ¿Faltan recursos humanos y económicos en Latinoamérica, o simplemente falta la coordinación, la organización, la colaboración, la vitalidad? ¿Faltan medios, o más bien el verdadero interés y preocupación en las clases dirigentes y pudientes para buscar esos medios aptos?

Se ha llegado a un momento en que se juzga indispensable la ayuda exterior. Pero por caudalosa que pueda ser en todos los órdenes, solo podrá ser útil si viene a reforzar, no a suplir, la propia vitalidad que ofrezca el cauce de organización para las soluciones definitivas. La ayuda sacerdotal trae un paliativo para las necesidades pastorales pero no remedia por sí misma los males del ambiente que producen la penuria de sacerdotes. La ayuda económica se ordena en gran parte a la beneficencia, que no cura los males que produce la miseria. Es necesaria una revitalización en el propio organismo. El más elemental conocimiento de las grandes reservas cristianas de Latinoamérica es garantía de éxito seguro con una adecuada dirección y una inteligente planeación. Pero esto exige unidad de acción, que en la Iglesia no puede imponerse por organismos centrales mientras en cada región la toma de conciencia de la gravedad del momento no tenga la suficiente claridad para indicar los mismos medios que lleven a una amplia colaboración.

La organización eclesial ha creado en la última década todos los instrumentos de esta revitalización, pero la Iglesia es la comunidad de todos los fieles, y de éstos depende en último término el que

la vida católica latinoamericana pueda llenar las exigencias del campo pastoral y las urgentes e imperiosas que para la acción de los laicos se presentan en el campo político y económico-social. En otra forma, se daría el escándalo del mayor bloque católico del mundo donde la fe no tendría el dinamismo para crear el ambiente en que todo lo terreno sirva a la dignidad de la persona y ésta encuentre los medios óptimos para sus fines trascendentes. La responsabilidad de esta obra está en los dirigentes católicos, en los intelectuales, en los militares, que han comprendido su deber apostólico de trabajar por el bien común de la Iglesia, que no es sólo su parroquia o su diócesis sino la católica, la universal, la de la caridad, que ahora les pide comprensión para el problema latinoamericano, para los países donde la Iglesia antaño floreció espléndidamente y hoy siente correr por todos sus capilares la misma sa-

via que la impulsa a la obra heroica de alcanzar el orden cristiano para Latinoamérica. Son muchos los grupos que trabajan con abnegación, pero les falta cohesión. Y son más los que se dejan vencer por la confusión creada por la historia. Falta unidad de mirar. En cuestiones fundamentales se opina de muy diversas maneras. La acción eficaz tiene que ir precedida de un pensamiento claro que la guíe. Son urgentes estudios serios de la situación que sirvan de base para planificar la acción. Los copiosos informes que existen son interpretados según distintos criterios. Es indispensable crear una mentalidad que permita un enfoque común y un desinterés que permita trabajar sin egoísmo.

La Iglesia latinoamericana está frente a una prueba decisiva. Sus fieles deben comprenderlo y no ser inferiores a sus responsabilidades. ♦

"ESTUDIOS", revista argentina de Cultura, Información y Documentación

Fundada en 1911. — Dirección, Redacción y Administración: Callao 542, Bs. As. 40-7997
Registro de la Propiedad Intelectual N° 727.814

Puede suscribirse a la revista
"ESTUDIOS"

enviando cheque, giro postal o bancario, a la orden de:
Revista "Estudios"

tarifa de suscripciones

Suscripción anual (10 ediciones)	m\$ n. 350
Suscripción semestral (5 ediciones)	" 175
Suscripción especial de ayuda	" 700
Ejemplar del mes en curso	" 40
Número Extraordinario (Diciembre 1961)	" 80
Ejemplar atrasado del año	" 45
Ejemplar atrasado de años anteriores	a convenir
Exterior: suscripción anual	u\$s. 5.00